

era entre ellos el dueño del mundo, desesperaba de sí, de la vida, del porvenir y del presente! <sup>(1)</sup>

Eran aquellas dos sociedades separadas, diferentes en su origen y diferentes por su naturaleza. Allí es una vida que se aleja siempre más y más de las cumbres luminosas á que en otro tiempo conducía, de Dios, para ir á perderse finalmente en la tierra, en medio de las sombras de la muerte; <sup>(2)</sup> aquí un camino estrecho y áspero, es cierto, pero más luminoso y más fácil. Porque la luz que lo esclarece es el sol que asciende por el Oriente, y el aire que lo orea es la misericordia de nuestro Dios, que ha descendido hasta nosotros, para esclarecer á los que se hallan en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y para dirigir sus pasos por la vía de la paz. <sup>(3)</sup>

(1) Porfiro, *Vita Plotini*, 11.

(2) Is., LX, 2.

(3) Luc., I, 77 y sig.

## CONFERENCIA II

### ORIGEN DEL CRISTIANISMO

**1. Idea del progreso: no puede haber más que un progreso limitado.**— Maravillosa es la luz del progreso que penetra por completo la naturaleza. Nunca aparece una clase de seres sin que haya sido anunciada y preparada por otra clase precedente. Desde el primero hasta el último grado de la escala, no hay en ninguna parte una laguna, un salto, <sup>(1)</sup> una separación. El fin de una serie es el comienzo de otra nueva. <sup>(2)</sup>

Sólo que, en toda nueva clase, se une una perfección nueva á las perfecciones que hasta entonces se habían desarrollado. De aquí que el grado más bajo toque en el grado más elevado, pero, del propio modo, éste está completa-

(1) La expresión: *la naturaleza no obra por salto*, se encuentra en esta fórmula de Séneca: Non fit statim ex diverso in diversum transitus (*Quest. nat.*, 2, 14). Cf. Gregor. Magno, *in Ezechiel*, 2, 3, 3. Aristóteles expresa también este pensamiento en estos términos: Todo movimiento (y en este comprende todo progreso: *Categor.*, 11 (14), 1. *Topic.*, 2, 4, 3. *Anima*, 1, 3, 3) es ininterrumpido, continuo (*συνεχης*), como todo tamaño. *Phys.*, 4, 11 (16), 3; 5, 4 (6), 9. *Metaphys.*, 11, 6, 2. Cf. también á Eudemio, *Moral.*, 2, 3, 2. En ninguna parte hay lagunas en la naturaleza: οὐχ ἐνδέχεται νοεῖν οὐδὲν ἀνευ τοῦ συνεχοῦς (*Memor. et remin.*, c. 1, III, 495, 1. *Par.*); cf. *Phys.*, 4, 8 (12), 15. Allí donde hay interrupción ó laguna, allí termina el progreso. Aristóteles, *Phys.*, 8, 7 (10), 3. Como es natural, la escolástica se adhirió por completo á esta doctrina. Santo Tomás, *in Phys.*, l. 4, lect. 17, text. 99; l. 5, lect. 7, text. 29; l. 8, lect. 3, text. 15. Videmus naturam in suis operibus ordinate de uno in aliud procedere. 1. d. 8, q. 3, a. c. *In Dionys. de nomin. div.*, c. 7, l. 4; 1, q. 71, a. 1 ad 4. Sobre todo *C. Gent.*, 2, 68. Cf. Pesch, *Natur. Philos.*, 353 y sig. Baumgartner, *Goethe's Lehr und Wanderjahre*, 274 y sig.

(2) Dionisio Areopagita, *De divin. nomin.*, c. 7, § 3 (Corder, I, 606 d.). Sto. Tomás, *C. Gentes*, 2, 68. Ferrariense, *Commentar.*, in 2, 68. *C. Gentes*. Aristóteles, *Hist. an.*, 8, 1, 2: οὕτω ἐξ τῶν ἀψύχων εἰς τὰ ζῶα μεταβαίνει ξατὰ μέρη ἢ φύσιν, ὥστε τῇ τυνεχίᾳ λαυθάνειν τὸ μεθόριον αὐτῶν ξαί τὸ μέσον, ποτερον ἐστίν.

mente separado de aquél, y asignado á un dominio propio. La ley de las especies de Darwin, tan á menudo invocada, y tan preciosa en el sentido de que ha roto los límites demasiado estrechos, en los cuales muchos querían encajar la idea de especie, <sup>(1)</sup> ha hecho cometer, como ocurre frecuentemente en el calor de la lucha, un error gravísimo. Al querer hacer resaltar la dependencia y los puntos de contacto que hay entre las especies, se ha perdido completamente de vista la distinción esencial que existe entre ellas, <sup>(2)</sup> como también entre los géneros.

Ahora bien, el conocimiento de los límites hasta que un desarrollo es posible, más allá de los cuales no hay ya progreso posible, y que constituyen el fin de una especie y el comienzo de otra, es precisamente el punto decisivo, cuando se quiere formular un juicio sobre la extensión del progreso de que es capaz un ser en razón de su naturaleza.

Por otra parte, todas las evoluciones parten de la naturaleza que compone un ser y en ella permanecen invariablemente. <sup>(3)</sup> De aquí que la suma más grande y el más grande empleo de fuerzas dadas puedan realizar un aumento cuantitativo, pero jamás un aumento cualitativo. En otros términos; que uno impulse una actitud determinada hasta el desarrollo más completo que pueda imaginarse, que aumente las fuerzas de un ser, que las ennoblezca hasta el mayor grado posible, y llegará á resultados de la misma especie, más numerosos, más delicados, más utilizables, más duraderos, pero jamás le será posible obtener por ello un ser que pertenezca á otra especie, y que, en su condición íntima, sea de otra especie di-

(1) Schanz, *Apologie* (2), I, 265. Ya Aristóteles (*Topic.*, 4, 6, 4) advirtió que no debía tomarse la noción de especie en un sentido demasiado vago ú estrecho (*Topic.*, 4, 5, 5); sino que debía siempre dársele cierta amplitud (*Topic.*, 5, 6, 7. *Ethic.*, 8, 1 (2), 7). Bajo este concepto, Darwin puede armonizarse con la lógica escolástica. ¡Si también lo pudiese con los otros!

(2) Schanz, I, 197 y sig., 200 y sig. Pesch, II, 246 y sig., 251, 253. Gutberlet, *Apologetik*, (2) I, 223 y sig., 237.

(3) Aristóteles, *Historia animal.*, 8, 1, 4.

ferente que antes. Allí donde el Creador y Señor de todas las cosas ha puesto manos á la obra, ha sabido tener cuidado de que ninguna laguna, ningún trastorno, ninguna pérdida, ninguna ingerencia, ningún salto, venga á desordenar su plan. Su mirada es suficientemente intensa para no perder de vista las diferencias en la unidad. Su poder es suficientemente grande para mantener la unidad y la homogeneidad en los límites infranqueables de las diferencias. Cuanto más un espíritu se acerque á su sabiduría, más capaz será de comprender que nada hay más grande que la autonomía del miembro aislado en la dependencia de todos los miembros, lo mismo que del todo, así como la armonía y la comunidad del conjunto, en el cual se encuentran intactas las particularidades de cada parte con derecho á la existencia.

Dedúcese de esto que la idea de progreso no puede ser extendida tan desmesuradamente como de ordinario se hace. De una fuente, cuyas aguas circulan por todos lados por la arena y el césped, de un arroyo, que se desborda á derecha é izquierda, de un torrente, que inunda con sus aguas todo un valle y que arrastra en su curso cosechas, puentes, habitaciones, puédesse decir que rompe sus límites, que se extiende y se pierde á lo lejos; pero, en este caso, nadie dirá que esta fuente, esta corriente, hagan progresos. Lo que constituye el progreso, es únicamente el movimiento que va recto al fin; y este movimiento, fuera del caso en que algún elemento extraño se mezcle con él, impulsa hacia adelante la cosa misma en que se manifiesta.

En una palabra, *progresar ó crecer*, significa aumentar en tamaño, en extensión, en grandeza, por consiguiente, cuantitativamente. <sup>(1)</sup> Pero no se de el nombre de *progreso* á todo aumento de ser ó de cualidades esenciales; en otros términos, á toda transformación cualitativa: ésta debe llamarse *cambio de ser*. <sup>(2)</sup>

(1) Aristóteles, *Phys.*, 5, 2 (3), 10; 7, 2, 2; 8, 7 (10), 6. *Generat. et corrupt.*, 1, 5, 2, 4, 7. *Metaphys.*, 11, 2, 2. Sto. Tomás, 1, d. 27, q. 2, a. 1, c.

(2) Aristóteles, *Categor.*, 11 (14), 6; *Phys.*, 5, 2 (3), 10; 7, 2, 2. *Cael.*, 1, 3,

Si esto es así, se desprende de ello que no existe el progreso indefinido y que, en consecuencia, toda la filosofía de Condorcet y de Cousin y toda especulación fundada en ella sobre el progreso ilimitado y el aumento no interrumpido de la cultura humana, y particularmente, la especulación acerca del origen del Cristianismo, ya por causa de su primera suposición, son invenciones sin fundamento.

No necesitamos insistir sobre esto, pues ya lo hemos dilucidado anteriormente; sólo queremos observar aquí el contrasentido y la imposibilidad que la sola palabra progreso sin fin, considerada filosóficamente, encierra. <sup>(1)</sup> ¿Qué sería un movimiento sin fin, en otras palabras, un movimiento sin objeto? Sería lo mismo que un cálculo con una serie indefinida de números, una carrera en la inmensidad, para lograr lo que no se puede alcanzar, más allá del polo Norte, más allá de Sirio, más allá del Universo.

Pero dejemos á un lado estas consideraciones demasiado serias. Conocemos suficientemente nuestro tiempo para comprender que hace poca mella en él semejante lógica de conclusiones. Felizmente, los acontecimientos y los hechos hacen superflua toda manía de filosofar sobre este punto.

La mejor prueba de que no hay progreso indefinido y la explicación más segura sobre lo que debemos entender

5. *Generat. et corrupt.*, 1, 4, 5. *Metaphys.*, 13, 1, 11. Sto. Tomás, 1, d. 27, q. 2, a. 1, c. *Complutences in Phys.*, d. 22, q. 2, a. 3. *Genbrat. et corrupt.*, d. 6, q. 1. Felipe de la S. Trinid., *Philosophía*, 2, 2, q. 11, a. 1.

(1) Repárese bien que esta cuestión es completamente diferente de la de saber si un infinito puede existir en el mundo creado. Los que miran como posible un infinito (actual) deben, no obstante, considerar como imposible un progreso en lo infinito (actual ó absoluto). Si el progreso persigue un fin, no marcha hacia lo infinito. Ahora bien, si la serie es realmente infinita, no tiene fin; por consiguiente, no ofrece ningún fin, y hace imposible todo movimiento hacia un fin. Un reloj que tuviese en realidad un número infinito de ruedas, jamás podría hacer marchar la aguja, ó poner en movimiento el martillo para hacerlo sonar. Cf. Sto. Tomás, 1, q. 46, a. 2, ad 7. Juan de Sto. Tomás, *Theol.*, t. I, d. 3, 14 y sig. *Philos.*, Londres, 1663, 523 y sig. Blasius a Concept., *Metaphys.*, d. 9, q. 3, 32; 33. Gilio, *Commentat. theol.*, l. 1, tr. 8, c. 7, p. 409 y sig.

por progreso indefinido, nos son proporcionadas por la historia. Hasta ahora, el mundo no ha visto ninguna criatura, ninguna civilización, ningún Estado, ninguna comunidad, en una palabra, ninguna cosa creada que no haya tenido su comienzo, su período de crecimiento, su florecimiento, su ocaso y su desaparición. En una palabra, no hay ser alguno que progrese indefinidamente. <sup>(1)</sup> Tales son los individuos y tal es el todo. El hombre y la humanidad tienen la misma suerte, la misma historia y el mismo fin. Lo que no está en la mano del hombre, tampoco puede dársele á sí misma la humanidad. Si la idea de un progreso sin fin contradice á la naturaleza del hombre, está igualmente fuera de toda posibilidad que el género humano todo entero puede realizar un desarrollo sin fin y sin límites.

**2. La idea de un progreso indefinido.**—¿Qué significan, pues, esas exageraciones fantásticas, esas esperanzas desmesuradas de desarrollo y de progreso, con las que nuestra época supera de hecho en excentricidad á las ideas barrocas del gnosticismo y de los fakires indios? ¿Será ella, por casualidad, la encargada de trasmitirlas á la posteridad como una prueba de la debilidad de nuestro carácter y de nuestra inteligencia? Que son eminentemente propias para esto, no cabe duda. Todas las exageraciones tienen siempre algo de infantil en sí mismas. <sup>(2)</sup> Cuanto más pequeña es una época, más dispuesta está á mirar sus progresos como una grandeza que jamás ha existido hasta entonces. Cuanto más inexperto es un niño, más desmesurados son sus ataques, más vaporosos sus castillos en el aire. Sólo la experiencia y la inteligencia pueden moderar esos deseos infantiles de coger la luna con la mano. Los que no viven de la imaginación y no hacen milagros de palabra, los hombres de acción, los espíritus serios, familiarizados con la historia, obran siempre con modestia. Es un hecho,

(1) Aristóteles, *Generat. et corrupt.*, 1, 5, 17. *De anima*, 3, 12, 1. Santo Tomás, *De anima*, l. 3, lect. 17, text. 59. Felipe de la S. Trinid., *Philos.*, 2, q. 13, a. 4.

(2) Aristót., *Rhetor.*, 3, 11, 16.

á menudo comprobado, que hombres que no han producido todavía algo notable, prometen mucho más de lo que pueden tener, y que, por regla general, los que tienen demasiada presunción despiertan poca confianza, en tanto que aquellos con quienes uno se complace en contar, estiman ordinariamente en poco el valor de una conquista. Interrogados sobre su capacidad, colocan más bien bajo que alto el punto de mira. Esto es lo que debiera ya moderarnos al hablar del progreso continuo.

Otra razón para no cantar victoria en tono tan elevado, es nuestro propio honor. Esos hermosos discursos y esos cánticos son evidentemente el signo de un secreto descontento que existe en el fondo de nosotros mismos. Cuanto menos una época se familiariza con la situación, más sueña, ora con grandezas pasadas, ora con inmensos progresos futuros. Si queremos pasar por hombres de buena reputación á los ojos de la posteridad, bueno sería que nos tomásemos la molestia de poseer las dos virtudes que, en la Edad Media cristiana nuestros padres consideraban como la suma de las virtudes humanas: la moderación y la modestia. Entre tanto, no hagamos sonar tan alto el nombre de *progreso*.

Á pesar de esto, no nos proponemos despreciar las conquistas de nuestra época, ó dudar del porvenir, como los pesimistas. Como Marco Aurelio y Schopenhauer, no negamos el progreso, pero creemos únicamente en un progreso moderado.

Cuando Dios creó los elementos y separó los unos de los otros, procuró que no se enredasen como en una linterna mágica, y, como ya sabemos, puso límites para que los árboles no se elevasen hasta el cielo; y dijo al mar: «Hasta aquí y no más allá». <sup>(1)</sup> Del mismo modo, dió un fin al hombre, y vela para que éste no lo traspase nunca. <sup>(2)</sup> Esto no le dió gran trabajo. No tuvo que hacer más que dejar el progreso entre las manos de los hombres, y el peligro que-

(1) Job., XXXVIII, 11.

(2) Job., XIV, 15.

daba para siempre conjurado. Cada uno puede comprobar que, precisamente allí donde los hombres y los pueblos creen con mayor tenacidad en ese progreso ilimitado, los desórdenes, sobre todo en la vida pública, en el Estado y en la sociedad, los convencen de embusteros. <sup>(1)</sup>

Esto es lo que debería hacernos más modestos, obligarnos á reflexionar, y mostrarnos que, en lo que concierne á la humanidad, deberíamos pronunciar esta palabra con la mayor reserva. Todos los demás seres avanzan sin lagunas, sin saltos, hasta que alcanzan el fin que les ha sido fijado. En su libertad, el hombre tiene un privilegio, el de turbar, no sólo su propio desenvolvimiento, sino también el desenvolvimiento de las otras criaturas. Diríase que una maldición especial pesa sobre la humanidad. Cuanto menos hace, más sueña con progresos sublimes. Sus palabras y acciones están casi siempre en contradicción flagrante. Hecha excepción de algunos héroes del orden sobrenatural, casi no hay nadie, hasta hoy día, que no haya tenido la audacia de aspirar á cosas más elevadas que las que le son posibles, ó que son posibles á las fuerzas humanas; pero tampoco hay nadie que haya abandonado esta tierra sin haber alcanzado el fin que podía alcanzar. Contentos estaríamos de que se elevase ante nosotros un solo hombre que desmintiese nuestra afirmación con su ejemplo. Esperamos esta prueba, y hasta que se nos ofrezca, permaneceremos firmes en nuestra convicción de que, si todo progreso sólo tiene lugar lenta, parcialmente y dentro de ciertos límites, <sup>(2)</sup> aplícanse estas verdades, guardadas las debidas proporciones, con más frecuencia al hombre libre y consciente.

**3. La verdadera historia del progreso.**—Pretendemos también que no es un carácter ventajoso ni favorable para un hombre, ó para una época, su tendencia á hablar, por manera tan exagerada, de sus progresos.

Aunque nuestra época se glorifique con orgullo de su

(1) Cf. *Mission actuelle des Souverains*. Par l'un d'eux. Paris, Dentu, 1882, 378.

(2) Aristóteles, *Sophist. eleuch.*, XXXIV, 5.

sentido histórico, declara adherirse al principio de Pascal, aquél ciertamente que menos responde á la historia, y que ha sido formulado así: «No sólo el hombre, sino también el género humano, progresará sin cesar mientras el mundo sea mundo. Debemos considerar á la humanidad como un hombre que vive y aprende continuamente». <sup>(1)</sup>

Según el testimonio de la historia, justamente lo contrario es lo verdadero. También la humanidad tiene sus épocas de ocaso y decadencia. Poseemos conocimientos, inventamos artes, con las cuales nos sentimos orgullosos de haber superado á nuestros antepasados, pero tan pronto como hacemos un estudio serio del pasado, adquirimos la certeza, poco honrosa para nosotros, de que hay siglos en que los antiguos conocían y practicaban estas cosas quizás mejor que nosotros. En el intervalo que los separa de nosotros, se han perdido por completo y su mismo recuerdo ha desaparecido.

¡Qué sombrío y oscuro es este golpe de vista histórico, del que nuestra época tanto se complace en alabarse, en comparación de aquella concepción histórica tan sensata, por medio de la cual ya Aristóteles supo iluminar la doctrina de este supuesto progreso indefinido! «Las ciencias como las artes, dice, deben casi siempre ser descubiertas; con frecuencia se pierden casi en el momento en que son descubiertas, y, con ellas, preciso es volver á comenzar como si nada hubiese sido hecho. <sup>(2)</sup> De ahí proviene que la historia de la civilización sea semejante á un círculo, en el interior del cual la misma cosa se repite continuamente». <sup>(3)</sup>

Esta manera de ver libre, igualmente alejada de la depreciación y de la estimación excesiva, la única que, por consiguiente, responde á la historia, es digna de un espíritu tan perspicaz, tan seguro y tan imparcial como Aristóteles. Por esta única razón, debemos ya aprender á estimarla, pero podemos decir, sin temor de ser desmentidos, que

(1) Pascal, *Pensées*, I, 1, París, Didot, 1866, p. 7.

(2) Aristót., *Metaphys.*, 11, 8, 13.

(3) *Ibid.*, 11, 6, 10.

los espíritus sanos de todos los tiempos han tenido exactamente la misma manera de considerar al mundo. <sup>(1)</sup> Nuestros magníficos proverbios alemanes, en su sabiduría de un vigor incomparable, se expresan por manera completamente idéntica. «En el mundo, dicen, el uno sube y el otro baja». <sup>(2)</sup> Y esto, lo mismo ocurre con los individuos que con las épocas: «Apenas se eleva una generación, cuando sucumbe otra». <sup>(3)</sup>

He aquí la filosofía sin prevención, he aquí la verdadera concepción de la historia. La historia de la humanidad no es, como piensa el pesimismo, una consunción sin dignidad y sin esperanza de todas las fuerzas y todos los talentos. Pero tampoco es, como lo cree el optimismo, progreso incesante hacia una perfección sin límites. Los tiempos son casi como los hombres. Si una época ha superado á otra en determinados conceptos, queda detrás de otra tercera, que la ha superado en algo más notable. Los pueblos no están de tal modo sometidos á un progreso eterno, continuo, que no caigan, sin esperanza de salvación, en la decadencia y en la ruina. <sup>(4)</sup> Lo que realizan hoy, lo han realizado ya muchas veces en las cosas esenciales; si en nuestros días retroceden desde muchos puntos de vista, con relación á los tiempos pasados, no debemos por ello desesperar: á menudo han retrocedido ya, y no por eso se han perdido. <sup>(5)</sup>

Podemos comparar la historia de la civilización á una cuerda animada de un movimiento vibratorio; ya sube, ya baja, sin que haya por ello una diferencia notable en su ascensión ó en su descenso. Pero si uno mide con exactitud el movimiento de la civilización desde el principio hasta nuestros días, resulta que, en suma,—si bien esto apenas es perceptible—el descenso progresivo es evidente.

(1) Platón, *Timæus*, 20, e; 23, c; 24, e; 25, c. Horac., *Ars poet.*, 68 y sig. S. Agustín, *Civ. Dei*, 12, 10 y sig.

(2) Zingerle, *Die deutschen Sprichwörter in M. A.*, 142 y sig.

(3) Freidank, 117, 26 y sig. Spervogel, 7 (Hagen, *Minnes.*, III, 33).

(4) Le Play, *La reforma social*, (5) I, 22 y sig.

(5) Eccl., I, 4, 11.